

Abriendo un paréntesis

Se han cumplido 100 días de esta administración y me imagino que habrá disímiles evaluaciones. Aunque a ratos la disputa se ha centrado en si el gobierno ha sido mejor o peor de lo que imaginábamos, a todas luces ha sido distinto. La ocurrencia del terremoto alteró significativamente las prioridades de La Moneda y la oposición, afectando negativamente el estado de ánimo de los ciudadanos e imprimiendo un cierto sentido dramático a la política pública, lo que conspira con la distancia que requiere el análisis desapasionado.

De igual manera, no es posible poner la mirada en el desempeño del gobierno sin también, y en forma simultánea, escrutar lo que sucede en la oposición. Como en cualquier relación de alter ego, las fortalezas de uno tienen mucho que ver con las debilidades del otro.

Desde el punto de vista formal, la Concertación parecía acomodarse en su nuevo rol: este año se renovarán las directivas de sus principales partidos -con más acuerdos y menos competencia de la deseable-, se reactivaban algunos de sus *think tanks*, y se aprecia una estrategia parlamentaria común para acometer la nueva



Jorge Navarrete

Pese a los problemas de la oposición, los primeros 100 días de la derecha en el gobierno no han sido un derroche de virtudes, más allá del entusiasmo exultante del Presidente.

tarea que dispuso la ciudadanía.

Sin embargo, la bullada polémica entre dos ex ministros de Estado primero, y el desenlace de la discusión de los proyectos de ley sobre la reconstrucción después, evidenciaron más desorden del que se aparentaba. Y, ciertamente, no podía ser de otra forma. A falta de un debate serio sobre cómo reconstruir las bases políticas y programáticas de un proyecto colectivo, que dé cuenta de un relato para los 20 años que se tienen por delante, y que se exprese en un nuevo ethos de lo que hoy representan las fuerzas de centroizquierda, hemos optado por las recriminaciones públicas, las querellas menores y el protagonismo pequeño.

Para qué decir de los sectores que representó Enríquez-Ominami, o lo que queda de ellos, cuya más importante noticia fue la reciente constitución de la directiva de su flamante partido, que más se asemeja a una mezcla de reunión familiar y club de amigos, que a la expresión de un movimiento político que obtuvo tan importante votación en las últimas elecciones presidenciales. También echamos de menos a Jorge Arrate y a las fuerzas que él lideró, las que parecen todavía algo obnubiladas por la presencia de tres de los suyos en el Congreso.

En suma, una apariencia de oposición.

Pese a lo anterior, el debut de la derecha en el gobierno no ha sido un derroche de virtudes. Más allá del entusiasmo exultante que prodiga el Presidente -a diferencia de esa mirada sufrida que Bachelet proyectaba en sus primeros meses de mandato- su administración ha enfrentado ya varias dificultades.

La primera, y que resulta cara a las expectativas que se sembraron durante la campaña, hace referencia a su política de reclutamiento. Es algo bochornoso que después de hacer tanto alarde sobre la nueva forma de gobernar, su exhaustiva preparación o la llegada de los mejores al gobierno, ya hayan dado de baja a un subsecretario, dos gobernadores, tres jefes de servicio y un embajador.

Igualmente preocupante es que, a la fecha, varios funcionarios del gobierno, siendo el Presidente el que más, no hayan todavía resuelto sus conflictos de intereses, lo que ha ralentizado, cuando no paralizado, importantes decisiones de política pública. Sólo a modo de ejemplo, la discusión sobre la televisión y su com-

ponente digital, o el nombramiento de importantes autoridades del área.

Pero quizás la mayor complejidad que se vislumbra en estos primeros meses de gobierno hace referencia a la ausencia de un proyecto político que dé cuenta de las ideas que sustenta la centroderecha. El Presidente ha hecho gala de un gran pragmatismo, cuya mirada de la actividad política se vincula más a cuestiones tácticas que a una visión de largo aliento. Por lo mismo, y esto atañe a los partidos que lo acompañan, de Piñera podría decirse que nadie sabe para quién trabaja; o, peor, que lo hace sólo para él.

Se trata de un estilo interesante pero peligroso. Por una parte, ha logrado sorprender y descolocar a la todavía golpeada oposición, imponiendo decisiones que quizás en otro contexto -por de pronto, sin terremoto- no hubieran merecido la rápida resignación de sus colaboradores y partidarios. Por la otra, sin embargo, se vislumbra un germen de personalismo que, acompañado de cierto desprecio por la política, podría devenir en un éxito individual que tal vez no puedan capitalizar quienes conciben el proyecto de la derecha más allá de estos cuatro años.

En fin, cerrado el paréntesis, que mañana Chile le gane a Suiza.